

traemos entre manos, si los turcos mueren, y los capitanes principales del campo andan fuera de la obediencia de su señor. ¿Qué será de todos nosotros? ¿Quién nos ha de defender? ¿Quién acaudillará las escuadras? ¿Quién vendrá á consejo en los casos de guerra? ¿Qué cuenta se dará al Ochalí; rey de Arjel? ¿Qué concepto formará el Gran Señor del reino granadino y sus gentes? ¡Oh, Avenabó ilustre, á quien real sangre alimenta. Derriba al tirano, y sé rey en su lugar; no aguardes á que mañana te postre por tierra, sin consideración á tus buenos y leales servicios; recoge á los capitanes ausentes, consueta á los soldados, muestra á todos tu real y agradecido pecho, mantén en paz y amor á los tuyos, estima el bando turquesco, y sigase la guerra, que yo te doy mi palabra de que el hado nos sea favorable, que el bando granadino salga con su pretension, y que á tí se atribuya la gloria de sus eredicadas hazañas y victorias, como es costumbre atribuir las á los valerosos reyes y esforzados capitanes.»

Muy atento había estado Avenabó Audalla á todo el razonamiento de Abenlguacil; encajándosele luego en el entendimiento dos cosas: la una el temor del tirano, y la otra el nombre de rey, sacándole la segunda de los apuros de la primera. Y como sea natural en los hombres el deseo de subir y valer mas, desde luego aceptó en su corazón el reinado. Maravillábase mucho la traición de Abenhumeya contra los turcos sin haberle ofendido, y echaba de ver que era verdad lo que decía Benalguacil, de que por la tiranía de su primo muchos capitanes y otras gentes principales se habían retirado, causando en el campo grande detrimento, y poniendo á todos en peligro de perderse. Acudió pues á dos buenos medios: el uno provechoso al común del reino, y el otro dirigido á la mayor honra y grandeza suya, animado ya del deseo de reinar. Con estos designios respondió así á Benalguacil: «por cierto habeis hablado como hombre valeroso y de buena consideración en las cosas de alta importancia. Yo, aunque no quiero ser rey ni mi corazón abraza tal deseo, tengo interés en que se mire por el bien de todos, y se corte el mal que de semejantes tiranías puede resultar, y por donde nos viniéramos á perder; y así bueno es para evitar tales peligros quitar á un tirano el mando y gobierno que ahora tiene, pues no faltará rey á quien de derecho le venga, y que dirija las cosas saludablemente. Vos, que sois de tan buen seso y prudente, disimulad, y en vuestra presencia se comunicará el caso á los dos valerosos capitanes turcos; consultemos su ánimo, que si ellos nos son propicios, todo quedará pronto remediado, el ejército estará seguro, y la guerra pasará adelante, placiéndole á Mahoma.» Diciendo esto, mandó luego que los cien soldados de Abenlguacil fuesen alojados con los demás turcos, y tomando á este de la mano, le llevó á su posada, donde estando juntos envió á llamar á los dos capitanes turcos, previniendo que tenía que tratar con ellos cierto caso reservado y de grande importancia. Luego pues que todos estuvieron reunidos, cerrada la puerta del aposento y sentados en sus sillas, el capitán Audalla Avenabó les habló desta manera:

«Valerosos turcos, fuertes capitanes, acostumbrados á seguir con indomable esfuerzo las otomanas banderas, y que ahora en España asistís á las granadinas, por cuyo favor y auxilio os habeis hecho dignos de dobles pagas y de eterno reconocimiento, adquirido por vuestro afán y trabajo en la guerra que llevamos contra los cristianos: habeis de saber que por mi parte y la de todo el escuadrón morisco sois queridos y estimados, como mereceis por vuestras obras. Solo hay uno que haga punta á vuestro valor, no mirando que está obligado á seros agradecido; antes bien ciego á este conocimiento, en lugar de galardonaros y recompensaros como correspondía á vuestro mérito, manda tiránicamente que en pago de vuestro esfuerzo se os mate, y á mí que sea el ejecutor de ta-

maña maldad y de una sentencia tan injusta. Pero como yo procedo de sangre real, y no cabe en mi ánimo generoso acceder á tal propuesta, considerando por el contrario que habeis sido gran parte de nuestro remedio, y que por vuestro esfuerzo hemos llegado á la grandeza que no tendríamos sin vosotros, quiero aclararme mas, y haceros saber que Abenhumeya Muley es el autor deste atentado. Pero también espero, con el favor de Mahoma, que el designio no pasará adelante, porque tengo pensado impedir que un tirano tan cruel gobierne mas el imperio granadino. Para esto, pues sois gente valerosa, quiero que al principio me favorezcáis, para que yo pueda favoreceros luego. Sois en todo cuatrocientos, y Abenlguacil tiene á sus órdenes otros cien arcabuceros, la cual fuerza es bastante para la primera entrada; pues muerto el tirano todo el campo estará de nuestra parte, hallándose harto ya de tanta sinrazon, y mirando como justo castigo su desgracia. Los ausentes capitanes se reducirán al servicio de las banderas granadinas, quitado de enmedio el autor de los agravios y el monstruo que los ha ahuyentado. Para que veais la verdad de lo que digo, y de que en mi pecho no se abriga traicion ni deseo de gobernar, tomad esa carta y leedla, que ella será la prueba mas cabal.»

Diciendo esto Avenabó sacó la carta, y se la dió á los capitanes turcos Caracacha y Mami, que dieron crédito á su contenido, no pudiendo apurar la falsedad. ¡Oh traicion bien entablada contra aquel mismo que la había hecho á Dios y á su rey! ¡Oh mezquino Fernando de Valor! cuán justamente viene el cielo á descargar sobre tí por tus maldades! Leida la carta por los valerosos turcos, que quedaron atónitos de semejante traicion, se resolvió al punto tomar venganza de aquel que nada sabia della; mas Dios lo queria así por los pecados del desventurado reyecillo. Caracacha le dijo á Avenabó: «tú has procedido como corresponde á la sangre real de donde vienes, y por eso serás rey, á pesar de todo el mundo que lo estorbara: desde este punto te juramos por tal, y te prometemos no desamparar tus reales banderas hasta morir, ó dar fin y cabo á la guerra comenzada. Si fuere menester, yo escribiré á mi rey el Ochalí para que envíe luego de socorro mil turcos, que pienso lo hará á mi ruego. Con esto, partamos luego esta noche, y vamos á Andarax, donde tomarás la corona, y nosotros tomaremos venganza de tamaño agravio, guardándose entre tanto mucho secreto.» Habiéndose acabado este trato y concierto contra el desventurado reyecillo, se salieron todos disimuladamente del aposento aguardando la venidera noche, y teniendo pronta la gente para marchar cuando la fuese mandado. Los dejaremos pues aderezando su partida, para tratar de otras cosas tocantes á nuestra historia, y volver al de Vélez, habiendo puesto primero un romance de lo pasado.

Abenhumeya contento
En Andarax residia:
Tratando en conversacion
Con Benalguacil un dia
De las damas mas hermosas
De toda la serrania,
Y él habiendo referido
Aquellas que conocia:
Le habló Benalguacil
De una amiga que tenia:
«Me has hablado de tus damas,
Señor, yo hablo de la mia,
Que no la hay mas hermosa
En toda la Andalucía:
Blanca es y colorada,
Como la rosa mas fina;
Tañe, danza, canta á estremo,
Que es un encanto el oírlo;
Es moza bella y graciosa,
Nadie vió tal en su vida.»
Abenhumeya de oírlo
Siente de amor la herida.
«Si te pluguiese, Alguacil,
Esa dama ver querria,
Solo por verla danzar
Y cantar con melodia.»
Alguacil se lo promete
Por hacerle cortesia,

Y aquella noche la lleva
Adonde Muley vivia,
Cantó la hermosa mora,
Y danzó como sabia:
Hase enamorado della
Abenhumeya; y decia
A Alguacil que se la diese
Que á él no le faltarian.
Alguacil dice que no,
Porque la dama es su prima,
Y que se quiere casar
Con ella, que era su vida.
Abenhumeya se enoja,
Y á Benalguacil decia,
Que le haria prender
Si en algo contradecia.
Con esto llama á la guardia,
Abenlguacil hula,
Defendiéndose de todos,
Y á la sierra se subia,
En donde halló otros muchos
A quien Muley perseguia.
Celoso y desesperado
Muy grande traicion urdia,
Haciendo un despacho falso
A Avenabó y su cuadrilla,
Que parecia del rey
Malvado puesta su firma,

En el cual manda que luego
Sin aguardar solo un dia,
Degüelle á todos los turcos,
Que es cosa que convenia.
Tomó Avenabó la orden,
Y vista su alevosia,
Se la revela á los turcos,
Y les dice que cumpla
Matar al ruin reyecillo,

Que así matarlos queria.
Los turcos ordenan luego
Para Andarax la salida,
Y dar cumplida venganza
Al agravio que sufrían.
Aquí pues los dejaremos
Ordenando su partida,
Por decir de nuestra historia
Lo que cumple que ahora siga.

CAPITULO XVII.

Que trata del levantamiento de Galera, y cómo el de Vélez fué sobre ella y la cercó. Pónese también la muerte del reyecillo por los turcos.

Corriendo la voz de la gran potencia del reyecillo por todos los lugares de los moriscos, y que además de estar su campo muy bien armado aguardaba todavía socorros de Berbería, los de la villa de Galera acordaron de levantarse. Esta villa era muy fuerte y populosa; y aunque estaba en tierra de cristianos, tenía al lado á la ciudad de Huéscar, que podría dar mucha gente de moros andaluces muy valerosos, y también otro lugar, llamado Orce, que levantándose pondría bastantes militares bien armados bajo de las moras banderas. Los de Galera comunicaron su designio á los moros de Huéscar y de Orce, y los hallaron propicios; en vista de lo cual escribieron al Maleh de Purchena dándole cuenta de su intento, y rogándole que les enviara alguna gente de secreto para alzarse. El Maleh les envió luego doscientos soldados bien armados, y entre ellos algunos turcos, diciéndoles que saltaran sin miedo, porque él iría á socorrerlos con mas gente, y esto mismo escribió á los de Huéscar y Orce. Los de Galera no aguardaron mas para poner banderas moras en su castillo y por todas las murallas, haciendo zambra y zalá públicamente. Como los moros de Huéscar estaban incorporados con cristianos viejos, no osaron levantarse al mismo tiempo que sus vecinos, y aguardaron á que antes viniese el Maleh: lo mismo concertaron los de Orce.

Los cristianos de Huéscar, que eran muchos y valerosos, se pusieron luego en arma, y tanto á los mancebos moriscos de la ciudad, como á todos aquellos de que podían recelarse, los encerraron en una casa grande que llamaban la Tercia, donde se recogían los diezmos propios del duque de Alba, y otros frutos de la tierra, como trigo, cebada, vino, lino, cáñamo etc. A otros que no eran de tanta confianza los pusieron en la cárcel y en mazmorras. Con esta seguridad los cristianos de Huéscar tomaron á toda priesa la vuelta de Galera, muy dispuestos á saquearla y quemarla, degollando á sus moradores levantados; pero no les avino como lo pensaban, porque llegando á Galera, y creyendo entrar allí fácilmente, dieron con mucha furia la voz de *Santiago y á ellos*, y al mismo tiempo recibieron de los de adentro una descarga tan fatal de arcabuceria, que muchos dellos quedaron muertos en el campo. Otros, queriendo entraren el pueblo, trabaron una batalla cruda y sangrienta con los que defendían la entrada, que eran muchos y valerosos, y los cristianos llevaban lo peor. Visto esto y que todos sus esfuerzos, desde la mañana hasta mas de mediodia, no alcanzaron á vencer el impedimento de la entrada, y que se destruían sus banderas, acordaron los cristianos la retirada y volverse á Huéscar, llevando los muertos y heridos que tuvieron.

Llenos de coraje, y ansiosos por vengar la injuria y daño que habían recibido en Galera, así como llegaron á Huéscar se golparon en tropel á la Tercia donde estaban encerrados los moriscos, y con el grito espantoso de *mueran los enemigos de la fe católica*, agujerearon con barrenas de cubos de carros las puertas del edificio, y por allí disparaban los arcabuces sobre aquella canalla reunida, matando á muchos dellos. Parecía hundirse la ciudad con la gritería que andaba; era tanta y tan espesa la humareda de la pólvora, que no se veían los unos á los otros; y desesperados los moros de verse matar en

aquel encierro, sin poder vengarse, tomaban piedras y palos gruesos para tapar los agujeros por donde les venia el daño, y que por ellos no pudiesen meter los de afuera los cañones de sus arcabuces. Muchos de los moriscos, trepando por las paredes y ayudándose unos á otros, subían á los tejados, desde donde hacían á los cristianos el mal que podían, disparándoles piedras y tejas, y andando así el negocio tan revuelto y encarnizado, que á no ponerse pronto remedio, toda la ciudad corriera grande peligro. La dicha casa del duque de Alba, llamada la Tercia, ardía por todas partes, y juntamente todas las provisiones y frutos que había en ella de leña, cáñamo, lino, trigo, cebada, aceite y demás artículos semejantes, de modo que ponía temor y espanto aquel espectáculo entre el alboroto, confusion y estrago de los dos bandos.

Quiso Dios por su infinita bondad que amainase aquella borrasca, llegando el corregidor en compañía de muchos caballeros principales, de bastantes soldados y gente armada, que hicieron retirar de la Tercia á la parte cristiana amotinada, cortándose aquel escándalo antes que la noche cubriese el suelo de sus oscuros semejantes, de modo que ponía temor y espanto aquel espectáculo entre el alboroto, confusion y estrago de los dos bandos.

Quiso Dios por su infinita bondad que amainase aquella borrasca, llegando el corregidor en compañía de muchos caballeros principales, de bastantes soldados y gente armada, que hicieron retirar de la Tercia á la parte cristiana amotinada, cortándose aquel escándalo antes que la noche cubriese el suelo de sus oscuros semejantes. Retirados los cristianos pudo el corregidor socorrer á los moros de la Tercia que no quedaron muertos ó heridos; pero muchos dellos habían huido por los tejados, y otros salieron entonces de la ciudad y se refugiaron en Galera, donde fueron bien recibidos de los que estaban dentro. Por ellos supieron estos lo que había pasado en Huéscar, y los de la ciudad, recelosos de algun peligro, se pusieron al punto sobre las armas haciendo cuerpo de guardia.

El capitán Maleh, después de haber enviado á Galera los doscientos soldados que tenía prometidos, había también empeñado su palabra sobre ir personalmente á la defensa deste pueblo; y sabiendo que los de Huéscar no solo habían salido de allí descalabrados, sino que después habían alevosamente asaltado á los moros inermes que tenían encerrados en la ciudad, salió de Purchena con diez mil hombres, todos buenos tiradores, y tomando la vuelta de Cantoria, se metió por la rambla del Box, llegó á la boca de Oria, y atravesando la sierra del Chiribel, tierras del marqués de Vélez, llegó á Orce, donde le estaban aguardando; allí dejó doscientos hombres para custodia y presidio de aquella fortaleza, y pasando á Galera durante el silencio de la noche, metió dentro otros doscientos, y algunos turcos entre ellos. En seguida pasó con su escuadrón á la huerta y viñas de Huéscar, donde todos se emboscaron sin ser sentidos, ni que tuviese nadie noticia dellos. Venida el alba, los de la ciudad estando sobre las armas acordaron de ir á dar una vuelta sobre Galera; y para que la gente estuviere apercebida, se tocaban cajas y las trompetas de la caballería. Luego vino noticia de que Orce se había levantado entrándole gente de socorro, y que en sus torres tenía banderas moras. Quisieron los cristianos ir á Orce inmediatamente, y estando para salir tocaron á misa de nuestra Señora las campanas de la iglesia mayor. Los de Maleh, que estaban emboscados esperando á que se abriesen las puertas de la ciudad para entrar en ella de tropel, luego que oyeron las campanas, las cajas y trompetas, creyeron haber sido sentidos en la ciudad, y para que no los cogieran desapercebidos se salieron á lo raso de las viñas, que era parte muy segura para que los caballos no les pudieran dañar.

Luego que los cristianos de Huéscar principiaron á salir por las puertas, descubrieron las banderas del Maleh, teniendo por milagro aquel suceso: ya era el dia claro, y gritando todos *arma, arma, moros, moros*, salieron caballeros y peones valerosamente para lanzar de allí á los moros; pero estos eran todos tiradores, y por las viñas, no pudiéndoles entrar los caballos, peleaban á su salvo

y con ventaja. Los mas esforzados y que mayor daño hacían eran los turcos; con todo eso fué tan grande el valor de los cristianos, que mataron mas de mil moros; y á los otros apretaron tanto que los empujaron hasta el pueblo de Galera, donde haciéndose fuertes se trabó de nuevo una grande y sangrienta batalla. Mientras pasaba esto, los cristianos que quedaron de guarnición en la ciudad, teniendo aviso de que algunos del bando del Maleh habian entrado en los arrabales, y pensando que algunos estarían escondidos en la Moreria, dieron contra ella furiosamente, diciendo: «este es el dia en que no ha de quedar vivo ningun moro,» y principiaron á matar, herir, robar, y pegar fuego á las casas por todas partes, de modo que causaba suma compasión ver aquella crueldad que ejercian los cristianos encolerizados contra los moros: Huéscar parecia otra Roma ardiendo.

Por caso dos soldados entraron en la casa de un moro rico, como es costumbre buscar las casas mas apuestas en tales ocasiones, y después de haber saqueado lo mejor della, y destruido lo demás, hallaron una jóven mora que era la mas hermosa de todo el contorno: los dos, codiciosos de tal presa, la echaron la mano, diciendo cada cual que era suya; y disputando sobre quién se la habia de llevar, sacaron las espadas, tomadas ya de la sangre de los moros que habian muerto, para ofenderse. A esta sazón llegó allí otro ruin soldado y de malísimas costumbres, que viendo á los dos repuntados y próximos á matarse por la bella mora, discurrió que para ponerlos en paz no habia otro remedio mejor que quitar de delante la ocasion de la pelea; y así se acercó á la hermosa doncella, y con una crueldad horrible la dió dos puñaladas en el pecho, de que al punto cayó muerta, moviendo piedad al mismo cielo. El villano, después de haber ejecutado esta atrocidad, dijo friamente: «no es justo que dos soldados tan honrados y valientes se pongan á punto de quitarse la vida por una mujer que vale tan poco.» Viendo muerta la doncella tan sin culpa y con tanta crueldad los dos soldados, impelidos de saña contra el matador, le acabaron á estocadas, diciendo: «no quedarás sin la pena de la maldad cometida, villano atroz, que has privado á la tierra de la mayor merced que la hizo el cielo, criando esta hermosura;» y en seguida se salieron de la casa desconsolados, dejando muerto al ruin asesino, que era natural de la Puebla de Don Fadrique, y junto dél á la hermosa doncella, que parecia un ángel después de muerta. A este tiempo el corregidor con mucha gente armada iba sacando á los cristianos de la Moreria, llevándose á unos presos, é imponiendo á los demás que no saliesen de allí prontamente pena de la vida, con lo cual se cortó el daño, aunque el remedio llegó tarde, porque ya toda la Moreria estaba ardiendo, y no alcanzó ninguna diligencia para apagar el fuego. Apaciguada esta guerra civil, se halló el cuerpo de la hermosa mora, y se espuso en la plaza, donde á todos causó su muerte profundo dolor, admirándose de su belleza y maldiciendo la villana mano del matador. Movido á piedad de la doncella el corregidor, y maravillado de su hermosura, la mandó enterrar honradamente, y que encima de su sepulcro se pusiera una losa blanca con el siguiente epitafio:

Quiso mi gran desventura,
Y el hado terrible y fuerte,
Que se me diera la muerte
Por mi grande hermosura.
Voluntad fue de un villano

Que yo muriese temprano
Por quitar una contienda,
Y mi muerte fué la ofrenda
De un caso tan inhumano.

La gente de Huéscar que estaba en Galera combatiéndola, tuvo noticia de lo que habia pasado en la ciudad; y pensando que los moros se hubiesen rebelado, levantando el acero y dando fin á la batalla, se fueron allá y la encontraron apaciguada. Los moros del Maleh y los de Galera fortificaron grandemente el lugar, levantando dentro muchos bastiones y poniendo traveses por las calles, de manera que aunque entrasen los cristianos no pudiesen

andar por allí sino á espensas de su vida. El Maleh, como discreto y bien avisado, considerando que aquel lugar estaba muy dentro de la tierra de los cristianos, y que por lo mismo seria con frecuencia cercado y combatido, dejó en él para su presidio cuatrocientos hombres, bravos soldados, y con el resto de su gente partió una noche para Purchena por los mismos pasos que habia traído, y dejando en Huéscar una buena parte de su escuadron, pues pasaron de quinientos moros los muertos á manos de los cristianos.

A esta sazón estaba en Fíñana el marqués de Vélez con su campo, y como supo el levantamiento de Galera y el aprieto en que habia estado Huéscar, marchó luego á Baza, donde halló á don Antonio de Luna, el cual, así como vió que el marqués habia llegado allá, partió al punto para Granada y dió cuenta al señor don Juan de todo lo que habia pasado en Galera. Su Alteza mandó ir á las Alpujarras al duque de Sésa con seis mil hombres para que pusiese fin á aquella guerra. Como vió el de Vélez que don Antonio de Luna se habia ido á Granada, y que habia en Baza bastante gente para su defensa, marchó luego con su gente á Galera, y poniéndola sitio principiaron entre moros y cristianos algunas escaramuzas, en las cuales estos últimos sacaron la parte peor. Viéndolo el marqués mandó hacer grandes y fuertes trincheras para que los cristianos pudiesen tirar á su salvo; pero así que alguno descubria su cuerpo fuera de la trinchera, era muerto al punto por los moros, famosos tiradores que habia dentro del pueblo. Al marqués se le habia ido gran parte de su campo en Calahorra y en Fíñana, y para rehacerle tuvo necesidad de enviar por gente á Lorca. Desta ciudad salieron al punto cuatro capitanes, tres de infantería y uno de caballería, á saber: Martin de Lorita, nobilísimo y bizarro soldado, con doscientos hombres; Gomez Garcia de Guevara, gentil hombre y gallardo militar, con otros doscientos; Adrian Leonés, el de la Albarca, con otros doscientos; y Alonso del Castillo, el mozo, fué de capitán de la caballería, llevando ochenta caballos con gente muy bizarra y lucida. Estos seiscientos hombres de á pié, y los ochenta de á caballo salieron de Lorca á toda priesa para el campo del marqués, quien con ellos quiso un dia dar un asalto á Galera, tomando la vanguardia cierta gente de Huéscar; pero en la arremetida fueron muertos y heridos muchos cristianos: los de Lorca, que iban entonces de batalla, se pasaron á la vanguardia, y dieron un ataque vigoroso, de modo que hicieron gran daño á los moros, mas no recibieron menos, y les convino retirarse hasta las trincheras. El capitán Lorita que iba al frente de los de Lorca, mostrando aquel dia su gran valor, fué muerto de un balazo que le entró por debajo del peto; en el mismo asalto murió de otro balazo el capitán Adrian Leonés, dando estas dos muertes grave pesar al marqués, que mandó llevar sus cuerpos á Lorca, donde fueron enterrados con mucha pompa y doloroso llanto, por ser nobles varones y de gran valor. Además destos murieron otros muchos capitanes, alféreces y sarjentos de otras partes que concurrieron á aquel ataque; y reconociendo el marqués que Galera no se podia tomar sin artillería, no consintió que se la arremetiera de nuevo, sino que luego dió aviso á su Alteza de lo que pasaba para que remitiese lo necesario al objeto de tomar y arruinar aquel lugar, que era muy fuerte, y tenia dentro gran defensa. Estando un dia el marqués en un alto reconociendo la situacion de Galera, y el lugar mas á propósito para colocar la artillería, el capitán Fernando de Leon, que le acompañaba con el mismo objeto, vió que ciertos moros salieron del pueblo á un llano, que eran las eras, y al punto pidió licencia al marqués para ir á pelear con ellos. Este quiso disuadirselo, aconsejándole que los dejara y que esperara mejor tiempo y ocasion para mostrar su valor. Sin embargo, Fernando de Leon prosiguió importunando al marqués hasta que le dijo, que pues

tanta gana tenia de batirse con aquellos moros, hiciese lo que gustara. Fernando de Leon, tomando cien soldados de doscientos que allí habia, se despidió del marqués y descendió por un ramblizo que iba á dar en las eras donde estaban los moros; y cuando llegó allí los acometió de improviso, gritando: *Santiago y á ellos*. Los moros, viéndolos venir, casi no dieron lugar á que los acometiesen, porque estaban bien armados, y parecia haber salido por industria para aquel caso; de modo que entre ambos cuerpos se movió al instante una grande y terrible escaramuza, donde el valeroso capitán Fernando de Leon pudo mostrar todo su esfuerzo; pero de poco le sirvió su valentía, porque en un punto se la quitó una bala, dejándole allí muerto, casi á presencia del marqués, que los estaba mirando. Al verse faltos de su jefe los cristianos, inciertos y atemorizados, pero sin dejar de pelear, se fueron retirando hasta el ramblon, y allí los abandonaron los moros, que no osaron pasar mas adelante, recelosos de alguna emboscada: en esta escaramuza murieron muchos de las dos partes. Los moros que quedaron se metieron en Galera con los despojos cristianos, llevándose entre ellos la cabeza de Fernando de Leon, que pusieron luego en una pica y la colocaron en la punta de una torre. El marqués, pesaroso desta desgracia, se fué de allí con los demás soldados que habian salido del real, donde estuvo aguardando la artillería y municiones que necesitaba para asaltar en regla aquella plaza.

Ahora nos conviene dejar al marqués sobre Galera, y volver á las Alpujarras para declarar el fin que tuvo la traicion de Abenaguacil y Avenabó. Dice pues la historia, que así como estos acordaron de ir á Andarax y matar al reyecillo, tomaron el camino una noche, y llegaron allá antes de amanecer. Al momento se fueron al alojamiento del rey, y abiertas las puertas, á pesar de la guardia, llegaron hasta el mismo cuarto y hasta la misma cama en donde estaba durmiendo con dos mujeres al lado. En medio del aposento habia una hacha de cera encendida, á la luz de la cual Abenhumeya que despertó asustado, reconoció á los dos capitanes turcos, á su enemigo Abenaguacil, y á su primo Avenabó, y con real semblante les dijo: «¿qué osadia es esta de entrar en mi palacio con tanta violencia?» El capitán Caracacha le respondió: «traidor, ahora lo verás;» y llegándose á él, sin respeto al carácter de rey, le echó la mano el primero, y en seguida Abenaguacil, Avenabó y los demás turcos. Luego se dió por perdido Abenhumeya, y con la turbacion no acertaba á hablar; pero al fin, esforzándose, les preguntó por qué causa le trataban de aquella suerte: «mírala, dijo Caracacha; y sacando las cartas se las dió para que las leyese.» Luego que las hubo leído, el reyecillo se enteró del fin de la traicion, y así dijo: «por cierto, amigos, y por el santo Alá, que esta es una calumnia, y quien la ha urdido es Benaguacil, porque le tomé por fuerza á su prima, que ahí está presente; la firma es de Moxajar, que solia ser mi secretario, y ahora anda por ahí decaído de mi gracia; por manera, que si lo mirais sin pasión, guardándome el derecho que me corresponde de justicia, me hallareis sin culpa.» Los turcos, ciegos de enojo contra el desventurado, no le admitieron descargo alguno, y se cerraron en que habia de morir; y viendo Abenhumeya que no podia ser menos, pues nadie habia que hablara en su defensa, mirando á Benaguacil, le dijo: «á Alá plegue, infame traidor, que por la misma causa que muero, mueras. Y tú, Avenabó, que tal has consentido, pares en lo que yo paro, y en mis desdichas procedas. Una cosa os sé decir á todos, y es, que muero cristiano, no en la secta de Mahoma, que desconozco.»

Los turcos, por darle mayor pesadumbre, alzaron por rey á Avenabó delante dél, y todos le besaron la mano; al cual espectáculo dijo el reyecillo: «no te tengo envidia, porque al fin parará en lo que yo he parado. Desdichada

ha sido mi suerte, é infausto fué aquel dia en que don Pedro Maza me quitó la daga de la cinta, pues por eso vine á dar inconsideradamente en tal despeñadero.» Los turcos le echaron luego una soga al cuello, y le ahorcaron con crueldad. Este es el pago que suele dar el mundo á los que se fian de promesas vanas; y así mire cada uno cómo acabó este desventurado, que fué tenido por rey, y muerto á manos de aquellos mismos que le habian prestado obediencia. Al momento fué su casa saqueada, sacándose de allí muchas cosas ricas y cuarenta mujeres que tenia á su servicio; se dió cuenta del suceso á la milicia, que se holgó mucho de su muerte, porque era cruel, y en seguida fué enterrado, no con pompa real sino como suele hacerse al mas infeliz. Todas las alhajas que se encontraron en la casa de Abenhumeya se repartieron entre Avenabó y los dos capitanes turcos.

Benaguacil no pensó en otra cosa que recoger á su amada prima Zahara; mas no le avino como pensaba, porque Huzen, capitán de los turcos, luego que vió la hermosura de la mora, quedó prendado della, y tuvo ánimo para pretender su mano. Benaguacil le dijo, que no formará semejante propósito, porque Zahara era prima suya, y habia de casarse con él, como entre los dos estaba concertado. Huzen insistió en que no, porque él la queria para sí, y llevarla á Arjel cuando feneciese la guerra. Sobre esto los dos amantes echaron mano á las armas, y se mataron uno á otro si el nuevo rey Avenabó no los apaciguara poniéndose de por medio y tomando en depósito á la mora para dársela después al que tuviere mas derecho ó á quien ella prefiriera. Toda la gente se quedó maravillada de ver postrado en tierra tan pronto á aquel que habian servido como á rey; pero como el vulgo es novelero, se echó pronto al olvido, y si acaso alguno tuvo pesar de la muerte de Abenhumeya, le disimuló y no lo dió á entender. Desta suerte quedó reconocido Avenabó por rey de los granadinos, y fué coronado con grandes fiestas. De allí á poco tiempo, en un dia claro y sereno, mandó que se juntasen todos los capitanes y personas mas principales del ejército, á los cuales, mostrando gravedad en el rostro y autoridad grande, habló desta manera:

«Invictos capitanes y valerosos soldados, sabed, que por ruegos de Mahoma ha querido el santo Alá que mi primo Abenhumeya tenga el castigo merecido por su tiranía, permitiéndome que con su muerte cesen los escesos, y que yo le suceda en la posesion de su silla, bien contra mi voluntad, porque no quisiera poner sobre mis hombros un cargo tan pesado. Sin embargo, vosotros habeis querido obedecerme, y yo también como rey quiero recebiros debajo de mi amparo, dirigir vuestras banderas, trataros con amor, y conservaros en una eterna amistad, sin haceros agravios ni demasias. Si el santo Alá fuere servido de que salgamos con nuestra pretension, y me veo en Granada restaurado en el trono que mis pasados poseyeron, prometo que ninguno de los que siguen mi estandarte real se quedará sin el premio debido á sus afanes y leales servicios. Mas lo que ahora conviene hacer, ante todas cosas, es dar cuenta de lo ocurrido al rey de Arjel, con quien tengo amistad, y sé también que se holgará mucho de que haya venido á mis manos el cetro de estado granadino, sabiendo muy bien que le merece mi real persona. Por lo que toca á la persecucion de las cristianas banderas, no habrá ninguno que la haga con la voluntad que yo, tanto por odio natural como por el aprovechamiento que con el favor del santo Alá pueda resultaros, y que no será poco. Así pues, leales amigos, escribise luego á los valerosos capitanes ausentes para hacerles saber que está ya fuera del mundo el autor de sus agravios, y que pueden con plena seguridad volver á mi presencia; pues restituyéndose á sus banderas pienso hacerles mercedes, y aun por lo que ya han servido en la guerra doblarles el sueldo.»

Con esto Avenabó concluyó su razonamiento, dejando

muy gustoso al congreso de su buen decir, especialmente aquellos que ya le conocían por hombre de mucho valor, probado en el discurso de la prolija guerra. Por todo el campo se movió un confuso susurro, cual le snele hacer un enjambre revuelto de abejas yendo desmandado. Unos exclamaban: sea para bien tu elección; otros decían: largos años la goces con fin próspero y adelantamiento en tus estados; últimamente otros gritaban: viva el rey Avenabó, nuestro defensor y el vengador de nuestros agravios. En seguida le vistieron de una hermosa marlota de color de púrpura, le pusieron una bandera en la mano izquierda y una flecha de arco en la derecha, á la usanza turca, y tomándole en los hombros los caballeros mas principales del ejército, fué coronado segunda vez y proclamado con placer de todo el campo, que gritaba: viva Avenabó, rey de Granada y de la Andalucía. Concluida esta ceremonia, y guardando todos silencio, el capitán Caracacha habló á Avenabó desta suerte:

«Para bien seas coronado, nuevo rey de Granada, y reconocido de todos los que te obedecemos y besamos las manos. Yo te doy mi palabra de jamás volver á Arjel hasta que estés sosegado en tu palacio, y gobernando pacíficamente tus estados como lo estuvieron tus mayores. Si fuere tu voluntad que por tu servicio pase yo á Africa personalmente y te traiga toda la gente de socorro que quisieres, sé que el Ochalí me la dará de la mas robusta y armigera que se halle en toda la Libia. Si no, tu Alteza escoja á quien guste que vaya allá, y parta sin dilacion: dése luego aviso á los capitanes ausentes y á los pueblos rebeldes contra Abenhumeya para que vengan á reconocerte por rey y obedecerte; mas si hubiere alguno que lo rehusare, me ofrezco á postrarle de tal modo, que por su rebelion pierda muy pronto la hacienda y la vida.»

Con mucho gozo oyó Avenabó el discurso de Caracacha, y dándole gracias por la nueva oferta, al punto se apercebió para el viaje de Africa un turco, llamado Daux, sagaz y discreto, llevando de regalo al Ochalí, rey de Arjel, muchas alhajas de oro y esclavos cristianos. Los capitanes ausentes y los pueblos que se habian rebelado á Abenhumeya no tardaron mucho en venir á prestar su obediencia y besar la mano al rey nuevo, quien viéndose tan pronto sublimado en la rueda de la fortuna, formó larga esperanza de que la guerra habria buen fin á su favor. Con esto principió á poner orden en lo que se habia de hacer, como veremos en el capítulo que viene, y sobre lo pasado se dirá el romance siguiente:

Los de Castilleja moros, Los de Orce y de Galera, Puestos están de concierto Con otros moros de Huéscar, Que tomen todos las armas, Que se alcen con la tierra, Y al Malch pidan socorro Que estaba dentro en Parchena. Galera hizo primero De aquesta maldad la muestra: Vino el Malch de socorro A la gente que le espera. A Huéscar puso emboscada Muy oculta por la huerta, Mas teniendo sentimiento Los cristianos salen fuera. Con ellos traban batalla Muy cruel y muy sangrienta: Muchos mueren de ambas partes, Mas de los moros sin cuenta. El Malch visto su dabo, Retirádose ha á Galera; El bando de los cristianos También se retira á Huéscar. Dado han en los moriscos Encerrados en la Tercia Y el Malch aquella noche También se acoge á Parchena.	El marqués está en Fifiána, Con su campo va á Galera, Donde la da dos asaltos; Mas valdria no los diera. Mucha gente le mataron De unas y otras banderas: Allí mueren capitanes Y oficiales de la guerra, Con otros muchos soldados Que mató la gente fiera. A Fernando de Leon Le cortaron la cabeza, Y la pusieron los moros En su castillo por señal. Al de Austria escribe el marqués Diciéndole que Galera No podía ser ganada Sin piezas que la batieran. En este tiempo fué muerto El Muley Abenhumeya, Y los turcos le mataron Por una traicion que urdiera Ni moro Benalguacil De celos que del tuviera. A Audalla toman por rey, Que Avenabó se dijera: Presto se sabrá la causa De lo que mas sucediera.
---	--

CAPITULO XVIII.

Batalla que pasó entre Benalguacil y Huzén, capitán de los turcos. Avenabó va con su gente sobre el presidio de Orjiva, donde hubo una reñida accion. Cómo el de Sesa salió de Granada, y los moros dieron sobre su ejército.

Lo primero que acordó Avenabó después de coronado, fué ir con su gente sobre el presidio de Orjiva para des-

truirle, y estando ya resuelta esta expedicion, Benalguacil le pidió por merced, que le diera á su prima Zahara para casarse con ella. Tuvo noticia desta demanda el capitán de los turcos Huzén, y también se la pidió al rey para el mismo fin, diciendo que él la merecia mejor que Benalguacil. Avenabó se halló confuso en este caso, no sabiendo determinadamente á quién darla; y así acordó ponerlo en manos de la bella mora, la cual fué traída á su presencia, y preguntada sobre á quién de los dos pretendientes que estaban delante queria por marido, respondió que á ninguno dellos, y que no tenia voluntad de casarse por entonces. Dada por la mora esta sentencia absoluta, los dos amantes se cobraron mas aversion que la que hasta allí se habian tenido, y cuantas veces se encontraban se miraban desdeñosamente, entendiéndose que el uno era causa de que el otro no fuese favorecido por su dama. Con estas imaginaciones llegó á tanto el odio entre ellos, que se desafiaron, señalando por única defensa alfanjes y albornoces. Con este designio un dia al ponerse el sol salieron del real sin que nadie lo echara de ver, y habiéndose alejado poco mas de una milla, al pasar un arroyo que bañaba un prado hermoso, al pasar un arroyo que bañaba un prado hermoso, muy cómodo para el caso, mostrándose la luna clara porque le faltaba poco para ser llena, y dando de sí luz bastante para poner por obra cualquiera cosa, el granadino le dijo al gaditano: «¿para qué nos cansamos buscando lugar mas oportuno ó mas cómodo para nuestro intento que lo es este? No pasemos adelante, y ahora, bárbaro, pon mano á tu alfanje, y haz todo cuanto puedas contra mí, pues ya lo has probado con quitarme á Zahara.»

Diciendo esto, Benalguacil echó mano al stuyo, y ambos al punto se acometieron como si fueran dos bravos toros, dándose el uno al otro enormes golpes, y tan precipitados que causaba espanto ver la fortaleza con que chocaban los dos alfanjes, saltando dellos chispas por el aire, como si se batieran en un fino pedernal. Así anduvieron bregando mas de media hora, de manera que estaban ya los alfanjes tan mellados que parecian sierras, y los albornoces hechos pedazos, y arpados por mil partes, sin que todavía se reconociese ventaja del uno al otro. Pero Dios, que paga y premia á cada uno conforme á las obras que tiene hechas, permitió aquí que Benalguacil pagase la traicion que hizo á su señor; y así parecia que le habia caido la maldicion que Abenhumeya le echó al tiempo de su muerte, porque estando peleando con toda furia, y mirando por dónde podria mejor dañar á su contrario, se le representó la imagen del desdichado reyecillo, teniendo al cuello la soga con que le habian ahorcado los turcos; y al verle así, acordándose de la traicion cometida, corrió por todos sus miembros un hielo penetrante que le causó gran desmayo y turbacion, y ya no pudo mas menear las armas contra el turco. Advertiendo este su flojedad, no quiso perder la coyuntura favorable que la ocasion le ofrecia, y con mayor ánimo le tiró un golpe desafortado á la cabeza, el cual no reparó por la causa ya dicha: Benalguacil quedó del mal herido y tendido en el suelo, pero aun mas atemorizado de la vision y del recuerdo de su delito que de la llaga recebida. Viéndole así el turco, y conociendo que aquella herida era mortal, no quiso hacerle otras mas, sino quitarle el alfanje de la mano; lo cual sintió Benalguacil, y esforzando la temerosa voz, le dijo al turco: «Huzén, estame atento á lo que ahora te dijere antes de espirar. Sabe que tú no me has muerto, y así no te glories deso en tiempo alguno; quien me ha muerto ha sido Abenhumeya, pues, cuando ahora estaba combatiendo contigo, se me puso delante de los ojos con aquel crudo lazo al cuello que sirvió de instrumento de su muerte; y ten entendido que mi traicion fué la causa della, por celos de mi prima Zahara, la que por fuerza me habia quitado; yo fui también el que hizo los despachos falsos para Avenabó y los turcos. Una cosa te suplico, y es, que antes que de

aquí te vayas me des sepultura: á nadie digas que aquí me dejás, y de Zahara te guardes: advierte que es una Circe, y cura no te traiga al estado en que me ves.»

El valeroso capitán turco, espantado de aquel espectáculo, erizándosele el cabello, miraba revolcarse por su sangre á Benalguacil y cómo se le acababa la vida. Sintiendo pues un impulso vehemente de apartarse de aquel lugar, abrió con los alfanjes un hoyo profundo, y metiendo allí el cadáver de Benalguacil, le cubrió de tierra y piedras recogidas al margen de aquel arroyo. Hecho esto, partió sin detenerse á Andarax, trayendo por todo el camino ocupada la imaginacion de lo que Benalguacil habia declarado, y pesaroso ya de haberle muerto, considerando que Zahara podria traerle también á aquel lastimoso estado. Llegando á Andarax entró con disimulo en su posada, y el siguiente dia Avenabó repartió oficios, dió cargos y alcaldías, y reformó algunos capitanes. Tenia este un hermano menor, mozo de distinguido valor, al cual nombró alguacil mayor, que después del rey es entre los moros el cargo mas preeminente. Dejó á Dali en su capitania, y al turco Careax, recién venido de Africa, le nombró capitán de la compañía del Derri, á quien mandó ahorcar el difunto Abenhumeya. Los cargos mayores y mas principales de alcaldías y capitánias se las dió Avenabó al Habaquí, cometiéndole el gobierno del río de Almanzora, que comprende la tenencia de Almería, Filabrés, Baza, Guadix, su patria, el estado del Ceve y otros cargos. Nombró á Noaibe general de Granada, su Vega y todos los lugares de la Sierra Nevada.

Despachó en seguida para Arjel al moro Orcaime, pidiendo socorro al Ochalí, aunque entiende muy bien que ya habria llegado allá Daux; pero queriendo obligarle mas le hacia nueva remesa de esclavos y de presentes: esto fué causa de que el rey de Arjel le enviase socorro de gente, como diremos mas adelante. Avenabó hacia copiosa provision de armas, compraba á los mercaderes berberiscos muchas cosas, y luego las repartia todas entre sus soldados por poco precio. Con esto y su gran benevolencia acrecentó mucho su campo, y se ganó en todo y por todo la voluntad de todos los individuos de su ejército. Por este tiempo el señor don Juan de Austria tuvo noticia destas novedades y prevenciones del reyecillo, y en su consecuencia mandó, como ya hemos dicho, que saliese el duque de Sesa con un buen campo para las Alpujarras, y que acudiese primeramente al socorro de Orjiva, donde el príncipe sabia que el moro tenia designio de entrar. Púsole espuelas á su pretension una derrota que tuvieron los cristianos saliendo de Orjiva á buscar bastimentos. Llegaron á un barranco llamado Tarrascon, y allí les salió al encuentro una multitud de moros con tanto poder, que todos los cristianos fueron muertos, escapando vivos solos tres que llevaron la triste nueva de su derrota.

Sabido esto por Avenabó, y tomando mayor osadía, determinó meter por fuerza de armas en Castil de Ferro una grande guarnicion para que los mensajeros de Arjel hallasen proporcion de desembarcar sin embarazo de las armas cristianas. Así, sin aguardar un solo punto mas, levantó su real de Andarax, y se fué sobre el presidio de Orjiva, entendiendo que podria tomarle sin gran resistencia, y matar á todos los cristianos que allí hubiese. Para el éxito desta empresa dió la vanguardia del campo á cuatro capitanes de los mas valerosos que tenia, llamados Barbuz, Careax, Macoz y Arrendate con diez mil hombres de pelea; Avenabó en persona iba en la batalla, y el Dali llevaba la retaguardia con dos migueros. Siguiendo el ejército su marcha con este orden, llegó á Orjiva, donde mandó luego Avenabó hacer grandes trincheras para el abrigo de sus soldados. En Orjiva habia un capitán valeroso, llamado Francisco de Molina, el cual con sus soldados defendió el pueblo heroicamente; pero este no tenia defensa ninguna, ni el reparo de castillos, siendo su única esperanza es-

tar cerca de Granada, de donde le podria venir socorro con prontitud. Mas antes que viniese pusieron los moros en tanto aprieto á los moradores de Orjiva, que llegaron ya á faltarles las municiones, el agua y otras cosas precisas. Estaba en el mismo pueblo otro capitán famoso, llamado Juan Alvarez Bohorques, á quien se encomendó la defensa de un portillo, y mostraba con su gente gran valor. El malvado Avenabó mandó que se le apretara sin intermision hasta tanto que á los cristianos les vino á faltar el plomo enteramente, y este capitán valeroso, para continuar su defensa, no halló otro remedio que deshacer en menudos pedazos una vajilla de plata, y tirarlos á sus enemigos en lugar de balas. ¡Oh capitán dignísimo de inmortal renombre, que tenias en mas la debida defensa de tu puesto que la riqueza de tus vajillas!

Así se mantuvieron muchos dias aquellos valerosos cristianos, hasta que el señor don Juan, nombrado generalísimo de aquel reino, envió el socorro que ya hemos dicho del duque de Sesa á los que estaban cercados en Orjiva. Salió este al fin de Granada con seis mil infantes y trescientos caballos, gente todavía muy bien apuesta para rechazar á Avenabó. Pero llegando el duque á un lugar llamado Acequias, le acometió el mal de la gota á que era muy achacoso, y esto fué nueva causa de que el arribo del socorro se dilatase. Sabiéndolo el de Austria quiso que don Luis Quijada, su ayo, reemplazase en aquella jornada al duque, y que este se quedase, pero no lo consintió, y así mal dispuesto como estaba, prosiguió su camino, enviando adelante para mas diligencia á un capitán, llamado Vilches, con ochocientos hombres, á fin de que sin tocar en Lanjaron llegara á Orjiva, y diera aviso al capitán Francisco de Molina de que le iba gran socorro. Para asegurar mas el caso, luego que partió Vilches envió el duque tras él otros mil soldados, y por último su escelencia se puso en camino con todo lo restante del campo. Noticioso Avenabó de la venida del duque dividió su ejército en dos partes, mandando que la una mantuviese el sitio, y la otra saliera al encuentro del enemigo, al mando de los capitanes Arrendate, el Dali y el turco Huzén. Los cercados no tuvieron noticia de la salida de toda esta gente del real de Avenabó, porque se practicó de noche. Arrendate, estando emboscado con los suyos en parte que no era visto por la gente de Vilches, dejó á estos pasar primeramente para acometerlos por la espalda, al mismo tiempo que el valeroso Dali los acometia por el frente; de manera que los cristianos se quedaron en medio muy embarazados sobre un terreno fragoso. Sin embargo, dieron en los moros con braveza, y se defendian maravillosamente; pero, como Arrendate cargó con tanto poder y llevaba mas gente, tuvieron los nuestros que retirarse pensando que la del duque estaria ya muy cerca. Su pensamiento fué vano, porque el valeroso Dali les apretaba tanto que no tuvieron otro remedio que subirse peleando á una altura, y desde allí defenderse esforzadamente para no morir todos antes que llegara el socorro del duque. El capitán Perea, con la gente que salió tras de Vilches, llegó primeramente y no pudo hacer nada de provecho, porque los moros eran muchísimos, todos tiradores y sabian muy bien la tierra. Al fin llegó el campo del duque en socorro de los suyos; mas siendo ya casi de noche se descubrió de una emboscada el capitán Nacoz con su compañía, dando grandes alaridos, y acometió con tanta braveza que parecia hundirse todos aquellos valles. Peleaban los del duque valerosamente, y no alcanzaba todo su esfuerzo, porque el Dali y Arrendate vinieron sobre ellos matando y destrozando sin piedad; y como los nuestros no sabian la tierra, y era ya de noche, sufrían una muerte cruel, no pudiéndose guardar de aquel caso inopinado: todo el campo se halló atajado entre las tinieblas, y las fieras armas de los moros hacian sobre él á su salvo lo que querian. Luego se cubrió la tierra de heridos, de cadáveres y de sangre, cundiendo el daño cada

vez mas en las cristianas banderas, llegando á tanto el temor, que sin vergüenza se metian los soldados huyendo por aquellas quebradas espesuras, y dejaban desamparado á su valeroso general, quien como nieto de tan grande abuelo, los llamaba á voces y los exhortaba desta suerte:

¿Qué furia del infierno os acomete?
Y qué fantasmas veis que os amedrentan,
Que así huyendo vais á rienda suelta,
Sin mas respeto á aquello que os obliga
A ser de gran valor como herederos
De la española sangre belicosa?
¿Por qué dejáis así vuestras banderas?
Mirad que sois de España hijos caros;
Volved á la batalla, no estéis tímidos,
Mirad que dirá el mundo de vosotros,
Que sois cobardes, viles y abatidos,
Pues de una gente infame vais huyendo,
Que no sabe qué cosa sean armas.
Cualquiera de vosotros vale tanto
Como ducientos dellos en campaña,
Y si huís, no quiera Dios del cielo,
Que digan que yo soy general vuestro;
Ni prosa ó verso nunca jamás digan,
Que yo traje conmigo tan vil gente,
Que huyó de las armas y su furia.
Mirad que vale mas morir con honra,
Que no vivir infames en el mundo,
Adonde reputados de cobardes
Seréis perpetuamente de los hombres.
Mostrad valor, esfuerzo y gallardía,
Y no porque la noche os amedrente
Dejéis de aspirar á fama eterna.
Mirad que los contrarios son moriscos,
Y que no son de Francia las escuadras
De los que os retiráis con tal infamia.
A ellos, á ellos, fuertes españoles;
España, España; á ellos, Santiago,
Que es gente vil; á ellos, que ya huyen
De solo ver las armas españolas,
Que tanto por el mundo son temidas.
Ganad, varones, hoy renombres claros
De vuestras fortalezas y hazñas,
Que ya el tiempo os promete la victoria.

Diciendo estas cosas el valeroso duque, salta del caballo sin temor alguno, y embrazando su fuerte y acerada rodela, embiste á los moros con ánimo sublime, preciado mas morir en la batalla que retroceder un solo paso. Sus eficaces palabras y el ejemplo maravilloso que daba personalmente hicieron tanta impresion en sus soldados que, avergonzándose de haber huido y no haber hecho su deber como esforzados varones, se tornaron á juntar, gritando animosamente: *Santiago, victoria, victoria, que el enemigo huye*. Esta voz fué eficazísima para alentar á los soldados cristianos, é infundió en los moros grandísimo temor, creyendo que á aquellos les habia entrado gran socorro de gente. ¡Oh buen duque, nieto del soldado mejor que tuvo el mundo, cuán bello ejemplo diste de tu gran valor en el momento que estaba próximo á perderse todo el campo! Pues tu tío el valeroso don Gabriel, digno de proceder de tan clara sangre, y otros dos bravos soldados, don Luis y don Juan tus deudos, no hicieron menores cosas que ahora tu dando este ejemplo con que redujiste á todo un campo ahuyentado y sin aliento á tomar otra vez las armas y pelear con mas fortaleza que pudiera hacerlo el mismo Marte. ¿Qué Julio César, qué Torcuato, qué Héctor, qué Alejandro, qué Fabio que acaudillaran un ejército tan atemorizado como el tuyo, supieran sacar del mayor partido? Aunque era oscura la noche no podrá nublar el resplandor de tu grandeza, el de tu ánimo sublime en una ocasion tan difícil y peligrosa como la que te puso en las manos la fortuna, y de la cual saliste con tanta gloria.

¿Y qué no podria decirse del valeroso duque don Luis, flor del tronco de Cardona, y del gallardo don Juan de Mendoza? No otra cosa por cierto sino que cada uno dellos parecia un fiero Marte batallando con los moros. De tal modo pelearon los valerosos cristianos, que pronto se vieron libres de las emboscadas del enemigo, y retirándose con buen orden tomaron la vuelta de Acequias; lo cual no fué poco hacer, respecto á que todo el campo habia estado á punto de perderse, si no le salvara el gran valor del duque de Sesa. Llegando á Acequias su escelencia al otro dia por la mañana, pasó revista al ejército, y mandó que los heridos fueran llevados á Granada para su curacion, queriendo él pasar adelante para Orjiva con el resto; mas no lo pudo hacer tan pronto como convenia, por las aspe-

rezas del camino y fragosidad de las sierras. Sin embargo se levantó entre tanto el sitio de Orjiva, porque Avenabó, creyendo que el duque daria en el valle, se pasó con su campo á Lanjaron para defenderle la entrada. Desitiada Orjiva se dió orden al capitán Molina para que pasase de allí y se fuera á Motril con su gente. El buen Molina ordenó luego la partida, dejando antes clavadas algunas piezas de batir, y otras, que eran las mejores, enterradas. Entre tanto el duque andaba revuelto con Audalla Avenabó, y le traía distraído para que Molina pudiera hacer aquel viaje á su salvo. Gran multitud de moros corrió la Vega de Granada por Guéjar y el Puntal, é hizo rica presa en pastores y ganados. Bien quisiera el señor don Juan hallarse en tales ocasiones; mas le era defendido. Poco después por causas importantes, y para tratar negocios de la guerra, se mandó al duque que volviese; bien que si se encontrase de camino con Audalla le asaltara con el mayor esfuerzo que fuese posible.

A esta sazón supo el duque que el moro queria ir á las Albuñuelas, y por verse con él marchó al momento con su campo para el mismo lugar. Los dos ejércitos iban acia allá caminando; pero por distintas partes, de donde no se podian ver el uno al otro. El duque llegó el primero, se aposentó en lo mejor del lugar, y á todo lo demás mandó poner fuego; lo mismo hizo con otro llamado Prastabal, y con Velaix y otras poblaciones de moros que estaban por allí cerca, porque los moradores daban bastimentos á los enemigos. Hecho esto, se volvió á Granada el noble duque, dejando grande guarnicion en las Albuñuelas, y por capitán al valeroso Pedro de Mendoza. Llegando el duque á Granada, el señor don Juan acordó con él lo que se debia hacer, y que referiremos en el capítulo siguiente, diciendo primero un romance de lo pasado, por no perder el hilo.

El moro Avenabó Audalla
Con campo fortalecido
Para Orjiva se marcha,
Que es de cristianos presidio.
De trincheras la rodea
Por iracella á su paradero,
Mas los de adentro esforzados
Con valor se han defendido.
De muy poco les valiera
Si no fueran socorridos;
Mas el de Austria que lo supo
Socorro envia cumplido.
El de Sesa es general
En la milicia perito,
Y seis mil infantes lleva
De valor reconocido,
Con ochocientos caballos
Que para el caso ha pedido.
Avenabó que lo entiende,
Su gran campo ha dividido;
Una parte está en el cerco,
La otra se va al camino.
Por do el de Sesa venia
Buscando á Audalla enemigo.
Cuatro capitanes salen
Del escuadron sarraçino:
Dali, Nacoz, Arrendate,
Y Huzén que de Arjel vino:
Todos se emboscan y esconden
Entre los robles y pinos.
Vilches, que llega el primero,
Fué asaltado repentino,
Que los moros le acometen
Con furia, cual torbellino;
El buen capitán Perea,
Que detrás de Vilches vino,
Muy bien quisiera ayudarle,
Mas fué el hado maligno,
Porque el Nacoz al Dali
Le ayuda con buen destino,
Y tal esfuerzo, que espanta
La furia con que allí vino.
Mal lo pasan los cristianos:
Retirarse les convino
Acia atrás con toda prisa
Por donde habian venido.

Entendiendo que el de Sesa
Les daría pronto auxilio,
Mas en las manos cayeron
De Arrendate, moro fino.
El cual los deshace y mata
Con dolor nunca sentido.
En esto llega el de Sesa,
Mas también muy mal le ha ido,
Por ser oscura la noche,
Y estar el sol escondido.
Y á esta causa, su escudron,
Fué de los moros rompido,
Porque todos con espanto
De la batalla han huido.
El duque los animaba
Con valor engrandecido,
Y tanto hace por su parte
Que su campo ha reducido,
Y con furor acomete
A aquel que los ha ofendido.
Pelearon los cristianos
Contra el bando fementido,
Se retiran poco á poco
A Acequias, de do han salido.
Los moros luego se vuelven
Al campo de do han venido:
Avenabó deja el cerco,
A Lanjaron se ha acogido,
Porque el duque no le entrara
En su valle enriquecido.
Los de Orjiva á Motril
Le van tomando el camino,
Porque el de Sesa lo manda,
Y es cosa que así convino.
A las Albuñuelas parte
El de Sesa Paladino:
Gran parte de ellas quemaba,
Y otros lugares vecinos,
Porque daban bastimentos
Al campo de los moriscos.
El duque vuelve á Granada,
Que el de Austria así lo quiso,
Dejando allí en su lugar
A don Pedro Mendocino
Con setecientos soldados
De valor esclarecido.

CAPITULO XIX.

El señor don Juan y el duque de Sesa con dos campos entran en las Alpujarras, y van sobre Guéjar, ocurriendo otras cosas.

Así como el duque de Sesa llegó á Granada, el señor don Juan, teniendo noticia de que el marqués de Vélez estaba todavía en Galera, y que después de los asaltos que le habia dado, recebiendo mucho daño, le enviaba á decir

que aquel pueblo no podia tomarse sin artillería, escribió inmediatamente á su Majestad una carta, que decia así:

«Muy poderoso señor: vuestra Majestad sabrá que la guerra de Granada va de mal en peor, porque los moros se han armado muy de propósito, hacen notable daño en las escoltas y en los presidios, y si les acometen, no aguardan batalla, salvándose por las sierras; de modo que hay guerra para toda la vida. Ahora se ha levantado un lugar fortísimo, llamado Galera, y segun soy informado del marqués de Vélez, no puede ser tomado sin artillería; yo holgara mucho de ir sobre Galera, pero seiria dejar atrás los enemigos. Querria pues que vuestra Majestad me diese licencia para que yo y el duque de Sesa entrásemos con dos campos por las Alpujarras, para que con brevedad se diese fin á tan prolija guerra, que lleva ya dos años de duracion, estando hoy todavía peor que el primer dia, y si no se ataja como digo, nunca tendrá término.»

En vista desta carta mandó su Majestad al señor don Juan y al duque entrar con gran gente en las Alpujarras, que después que hubiesen desbaratado á Avenabó y su campo, fuese su Alteza sobre Galera, y asistiese al marqués de Vélez, dándose orden al comendador mayor de que proveyese de artillería para poner con esto fin á la guerra. El señor don Juan, obtenida esta licencia, ordena al punto la salida en busca de los moros de la Alpujarra, y llevando consigo al duque de Sesa parte sobre Guéjar, aunque mas hubiera querido ir sobre Galera; no convenia hacerlo dejando enemigos detrás. Los dos famosos generales partieron á las Alpujarras llevando cada uno diez mil infantes y mil caballos, bien repartidos, y convinieron en seguir distinto camino uno de otro, pero procurando llegar todos al amanecer sobre Guéjar, y juntarse en un mismo punto. Los dos campos marcharon, y el de Sesa acertó á tomar el camino mas llano y trillado; su Alteza tomó las alturas, y fué por caminos ásperos y dificultosos de andar, habiéndole dado la vanguardia á un capitán llamado Diego de Quesada, por ser valiente y práctico en aquellos pasos. Llevaba la retaguardia un caballero nombrado Garci-Manrique, con toda la caballería, y el señor don Juan iba de batalla, llevando delante un real y hermoso guion: desta suerte marchaban de noche á la luz de las estrellas aquellos dos fuertes escuadrones. El campo del señor don Juan, á pesar del conocimiento que Quesada tenia de la tierra, al bajar de un monte erró el camino, de suerte que fué preciso dar un buen rodeo. El duque, como iba por lo mejor, marchaba sin pesadumbre.

A esta sazón tuvieron aviso los moros de Guéjar por los de Granada de que el hermano del rey don Felipe iba en persona á darles cruda guerra y acabar con ellos. Los de Guéjar tuvieron sobre esto consejo de guerra, y en él resolvieron desamparar el lugar, é irse volando á la sierra; al punto cargaron con sus bienes, se llevaron las mujeres é hijos, y dejaron únicamente algunos viejos que no podian caminar con ellos. Al salir el sol llegó al lugar el valeroso duque, pensando hallar allí al enemigo; pero ya no encontró mas que á dichos ancianos, que fueron luego degollados; una buena parte de su gente á toda prisa siguió á los moros que iban huyendo, y por último alcanzó á la retaguardia, donde llevando los moros algunos buenos tiradores, trabaron escaramuza con los cristianos, los cuales les tomaron algunas presas; pero luego salieron de la espesura del monte muchos moros, y dando en los cristianos poderosamente les tornaron á quitar todo cuanto habian ganado. Con esto los cristianos maltratados, y dejando algunos muertos, se tornaron al real. Ya estaba muy salido el sol, y su Alteza no llegaba al puesto designado por causa de haber errado el camino don Diego de Quesada, lo que traía al príncipe mohino y enojado, entendiendo que el duque habria ya desbaratado á los moros, y

pasándole de no hallarse en la ocasion que venia á buscar. Llegado el señor don Juan adonde estaba el duque, se tuvo noticia de que por la faldá de la sierra habian aparecido muchas moras, segun de lejos blanqueaban. Los cristianos, entendiendo que serian las mismas que habian huido del lugar, se desbandaron en gran número á toda prisa para alcanzarlas; pero en llegando al sitio fueron recibidos con una gentil carga de arcabuceria, porque para engañarlos los moros se habian disfrazado con aquellas tocás. Trabóse escaramuza entre los dos bandos, y al fin los moros se metieron en la sierra y fueron á Valor, donde estaba Abenavó con su campo. En esta escaramuza murió el capitán Quesada, y con él otros ocho soldados; los demás se acogieron al real con harto dolor de la pérdida de su buen capitán, aunque después murió otro Quesada ó Quijada, que causó un sentimiento todavia mayor al ejército, como diremos adelante. Su Alteza se parecia en todo y por todo á su valeroso padre Carlos V: en la afabilidad, en el real trato, ademán, habla y donaire; así todo el campo estaba tan contento con su vista, que era maravilla. Ahora dejaremos de hablar del para decir cómo Avenabó recibió en Valor á los moros que llegaron huyendo de Guéjar. Tuvo el nuevo rey mucha pesadumbre de ver la cobardía de aquella gente, y con grande ira y desabrimiento les habló á todos desta manera:

«Hombres ingratos, infames, y desconocidos á los favores que la fortuna os habia hecho deparándoos la ocasion de vencer las cristianas banderas y adquirir sobre vuestros enemigos un poder soberano, que así la perdisteis, sin tener empacho de venir huyendo de un moro que no ha abierto aun los ojos á la luz del mundo, carece de experiencia en el militar oficio, no sabe qué cosa sean armas, ni tiene ejercitado el oido con el son de la caja y la trompeta; ¿es posible que por solo el nombre de su venida desamparaseis los presidios que confiaba yo fueran bien defendidos por vuestro valor, y que ninguna cuenta tuvieseis con el mio, que os amedrenta á toda España? Vano es mi poder, y vano el renombre que teniais ganado en tiempo que la tierra, hecha un lago de sangre por vuestras armas y esfuerzo, temblaba de vosotros; todo ha desaparecido para no recobrarle jamás. ¿Por ventura, cobardes, me teniais tan en poco á mi campo y á mí, que no os pudiera socorrer? ¿Tan poca confianza teniais de mi valor, para que no os sacara de cualquier peligro, por grande que fuese? Pues decidme, si tan poco apreciáis os merecia mi esfuerzo, ¿por qué me disteis corona? para qué me alzasteis por vuestro rey? Si no habeis de hacer lo que á mi valor sois obligados, mas quiero que me deis la muerte; antes morir que verme en poder de los enemigos cristianos. No sois vosotros como los de Galera, que siendo poco prácticos en la guerra, y mal experimentados en las armas, hacen todavia dentro de sus murallas temblar al enemigo que los sitia. Cuando no mirarais otra cosa, ni que hubierais delante un ejemplo tan perspicuo, no debiais mostrar tal cobardía, y hacer una retirada tan infame, sino mostraros como firmes rocas y muros fortalecidos contra el bando cristiano, aunque viniera con mucho mayor poder. También tengo queja de vosotros, valerosos turcos, pues siendo tan diestros en las armas, y habiendo temblado España de vuestro valor, ahora que mas convenia mostrar sus finos quilates, habeis caído en una baja tan grande. Si así ha de ser, matadme, pues como tengo dicho lo tendré por un beneficio soberano, en comparacion de verme entre las manos de mis enemigos los cristianos, á quienes tanto aborrezco por las obras que dellos tengo recibidas.»

Con esto el furioso Avenabó acabó su razonamiento, mostrando en el rostro terrible braveza; mas en seguida un turco llamado Noaité, alcaide de Guéjar, le respondió desta manera:

«De culpa nos cargas, Avenabó, por lo cual es nece-